

www.puntodelectura.com

ELOISA JAMES

Placer por placer

Las hermanas Essex IV

punto de lectura



Título: Placer por placer

Título original: *Pleasure for pleasure*

© 2006, Eloisa James

© De la traducción: Julia A. Sierra

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2176-1

Depósito legal: B-22.964-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Raquel Cané

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ELOISA JAMES

Placer por placer
Las hermanas Essex IV

Traducción de Julio A. Sierra

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a la novelista Carola Dunn por brindarme generosamente sus conocimientos sobre remotos detalles del período de la Regencia. El doctor Jean-Marc Passelergue de Baugé, Francia, proporcionó con igual generosidad las traducciones al francés y le dio al conde de Mayne el lema perfecto.

Capítulo 1

Fragmento de las muy aclamadas memorias de
*El conde de Hellgate, o Escenas nocturnas
en la alta sociedad*

Querido lector:

Dado que me resulta muy desagradable sorprender y turbar, debo rogar a todas las damas de sensibilidad delicada que dejen de inmediato este libro.

He vivido una existencia de pasión desmesurada, y me han persuadido de dar a conocer sus detalles, con la esperanza de impedir que alguna persona noble y sensible siga mis pasos...

Atención, lector; ¡ten cuidado!

*24 de mayo de 1818
15 Grosvenor Square
Residencia del duque de Holbrook en Londres*

No había manera de presentar el tema con delicadeza, por lo menos Josie no podía imaginar forma alguna.

—Ninguna de las novelas que he leído desarrolla el tema de la noche de bodas —dijo a sus hermanas.

—¡Espero que no! —exclamó Tess, su hermana mayor, sin mirarla siquiera.

—De modo que si vamos a hablar de la noche de bodas de Imogen, no pienso irme.

—No sería apropiado que permanecieras con nosotras —afirmó Tess, con el tono algo cansado de alguien que ya ha dicho lo mismo en ocasiones anteriores. Después de todo, de todas las hermanas Essex, Tess, Annabel, Imogen y Josie, sólo la última seguía soltera.

—La víspera de tu boda, nosotras te daremos todos los detalles que necesitas conocer —afirmó Imogen—. Yo no necesito preparación, ya que soy viuda.

Estaban sentadas alrededor de una mesa pequeña, en la habitación de los niños, comiendo una cena ligera. La dama de compañía de Josie, lady Griselda, también estaba cenando, por lo menos en teoría, pero dado que había pasado la mayor parte de la tarde hundida en un sillón leyendo las *Memorias* del conde de Hellgate, apenas probaba bocado, y tampoco había participado en la conversación. Se puede decir que no pronunció palabra.

Se habían reunido a cenar a solas porque a Imogen le habían dicho que ver a su novio la noche anterior a la boda podía traer desgracia, y como Imogen se iba a casar con su tutor, el duque de Holbrook, no podían cenar en el comedor, para evitar el peligro de que apareciese por allí. De hecho había un varón, Samuel, el hijo de Annabel, que formaba parte del grupo, pero tenía cuatro meses de edad y soñaba con una pelota roja y brillante. Algún ocasional ronroneo nostálgico era su única participación en la charla.

—Si la temporada social continúa para mí tal como comenzó —comentó Josie—, ni siquiera llegaré a casarme. No he conseguido averiguar gran cosa, y difícilmente se puede llegar a saber todo lo que hay que saber sobre las relaciones entre hombres y mujeres en las páginas de las novelas.

—Tess, ¿sabías que Josie ha hecho una lista de las maneras más eficaces de atrapar a un marido? —preguntó Annabel, mientras se llevaba a la boca una última cucharada del postre, crema batida con licor.

—¿Tomándonos a nosotras como ejemplo? —preguntó Tess, levantando una ceja.

—En ese caso sería una lista excepcionalmente breve —intervino Josie—. La dama está en situación comprometida, el caballero es forzado a casarse con ella. Se celebra el matrimonio.

—Mi marido no me puso en situación comprometida —dijo Tess con la boca pequeña, pues se estaba riendo.

—Te casaste con Lucius poco después de que el conde de Mayne te plantara en el altar —recordó Josie—. No fue precisamente un noviazgo de larga duración. Unos diez minutos, si no recuerdo mal.

La sonrisa que bailaba en los ojos de Tess indicó que esos diez minutos fueron muy dulces, y Josie no quería pensar en ello porque semejante circunstancia despertaba sus celos. Si a ella, a Josie, la dejaban plantada en el altar, no habría ningún segundo candidato esperando en la habitación vecina. A decir verdad, teniendo en cuenta sus desastrosas incursiones en el mercado del matrimonio, el altar probablemente era una perspectiva que debía descartar.

—Es verdad que yo estaba en una situación comprometida —reconoció Annabel—, pero Imogen se va a casar con Rafe por puro amor, y después de un largo noviazgo.

—Le sugerí que nos fugáramos —reveló Imogen, con una gran sonrisa— pero Rafe dijo que prefería ser condenado antes que seguir las huellas de Draven y permitirme realizar todas las ceremonias matrimoniales en Escocia.

—Tiene razón —intervino Tess—. Vas a ser una duquesa. No puedes casarte de ese modo, por muy romántico que te parezca.

—Sí. Podríamos haberlo hecho.

—Pero piensa en el mucho placer que le habrías negado a la alta sociedad —observó Josie—. Hasta ahora, la principal atracción de la temporada social ha sido el espectáculo de Rafe mirándote, lleno de deseo, desde algún extremo del salón de baile. Pero en fin, ¿vamos a hablar de tu noche de bodas, o no? Porque hay importantes lagunas en mis conocimientos al respecto.

—Yo no tengo ninguna laguna en ese sentido —dijo Imogen—, de modo que...

—¡Lo sabía! —exclamó Josie—. Rafe y tú anticipasteis la noche, ¿no? ¡Oh, qué vergüenza! —alzó la mano y se la pasó por la frente con gesto teatral—. Mi hermana yace tendida debajo de su tutor.

—¡Josephine Essex! —la reprendió Tess, volviendo a ser de pronto la hermana mayor que las había criado a todas ellas—. ¡Si vuelvo a oírte semejante grosería te... daré una bofetada!

Josie mostró una gran sonrisa.

—Sólo intentaba demostrar que las lagunas en mis conocimientos no tenían nada que ver con la parte mecánica del asunto.

—Todo lo demás tendrás que aprenderlo sobre la marcha, querida —aseguró Annabel. Se acercó a la cuna y tomó en brazos a Samuel, para hundirse cómodamente acurrucada en un sillón, con los pies recogidos y cruzados de manera informal sobre los esbeltos tobillos. Acunaba al bebé, quien, acostumbrado a esos movimientos, dormía sin inmutarse.

Josie sabía que debía esforzarse más y controlar los salvajes accesos de celos que periódicamente la dominaban. Sin embargo, bastaba con que mirara a sus tres hermanas una por una para sentir aquellos pinchazos, tan agudos como los que martirizaban sus helados pies cuando patinaba. Todas eran delgadas. Bueno, Annabel no era exactamente delgada, pero llevaba espléndidamente sus curvas. Todas ellas estaban felizmente casadas o iban a estarlo pronto. Dos de ellas se habían casado con hombres destacados de la nobleza, y aunque el marido de Tess no tenía título, era el hombre más rico de Inglaterra, y cualquiera que tuviera sentido común estaría de acuerdo en que esa riqueza era más importante que cualquier condado, ducado o incluso corona.

—Hablo en serio —dijo Josie, centrándose en el tema que le interesaba—. Annabel, tú sólo has venido aquí por la boda, e Imogen parte de inmediato en su viaje de bodas. ¿Qué pasará si tengo que casarme rápidamente? ¿Quién podrá aconsejarme?

En el fondo, Josie sabía que posiblemente tendría que hacer algo drástico para conseguir marido. Nadie la

cortejaba en serio, de forma permanente, de modo que se vería obligada a comprometer a alguien para casarse. Y cuando las cosas se hacían así, las bodas solían ser muy rápidas.

—Cuando Annabel estaba a punto de casarse con Ewan, Imogen le dijo que debía besar a su marido en público.

—Santo Cielo, ¿recuerdas eso? —exclamó Imogen, mostrándose ligeramente sorprendida.

—Dijiste —le recordó Josie—, que Draven no se enamoró de ti porque te negaste a besarlo en el hipódromo, mientras que Lucius se enamoró de Tess porque ella le permitió tomarse ciertas libertades en público.

Tess se reía otra vez.

—Tendré que informar a Lucius. No es justo, el pobre no sabe por qué está tan enamorado de mí. ¡Todo se reduce a aquel beso en las carreras!

—Olvídate de ello —explicó Imogen—. Aquello fue sólo un comentario ligero y estúpido que hice el año pasado, Josie. No debes tomarlo en serio.

—Pues yo lo tomo muy en serio —insistió Josie—. Es decir, lo haría si alguien mostrara la menor intención de besarme en público, o en privado, ya puestos.

Annabel levantó la cabeza después de besar a Samuel.

—¿Por qué estás tan amargada, querida? ¿Todavía no se te ha presentado ningún hombre por el que te sientas atraída?

Se produjo un momento de silencio en la habitación. Todas las presentes se dieron cuenta de que una o dos cartas se habían perdido en el camino entre Londres y el castillo escocés donde Annabel vivía con su conde.

Como era característico en ella, Josie decidió agarrar el toro por los cuernos y hablar con crudeza.

—No soy precisamente la muchacha más requerida de la temporada —dijo con toda seriedad.

—Oh, querida, la temporada acaba de empezar, ¿no? —dijo Annabel, con tono consolador, mientras colocaba la manta del bebé alrededor de sus pequeños hombros—. Hay tiempo más que suficiente para atraer a una gran cantidad de hombres.

—Annabel.

Alzó la vista al advertir el enérgico tono de voz de Josie.

—Se me conoce con el apodo de «la salchicha escocesa».

Si Josie hubiera estado escribiendo alguna de las novelas que le encantaba leer, habría anotado que se produjo un momento de silencio abrumador.

Annabel pestañeó al mirarla.

—Bueno... eso...

—En parte es culpa tuya —intervino Imogen, también con tono áspero en la voz—. Fuiste tú quien presentó a Josie a tus repugnantes vecinos, los Crogan. Cuando Josie rechazó sus propuestas, él escribió a un amigo de la escuela llamado Darlington. Y por desgracia, Darlington parece ser especialista en el arte de poner motes crueles.

—Tiene la lengua de una serpiente —dijo Tess sin tapujos—. Nadie reconoce que lo detesta porque es muy inteligente, aunque deberían odiarlo. Pero en este asunto no ha mostrado especial inteligencia, sólo malicia común y corriente.

—¡No puede ser! —exclamó Annabel, incorporándose—. ¿Los Crogan?

—El más joven —explicó Josie con aire taciturno—. El que cantó todas aquellas canciones en el árbol que está frente a mi ventana.

—Yo sabía que tú no querías casarte con él, pero...

—Él tampoco deseaba casarse conmigo. Consideraba que no era acorde con su categoría casarse con una cerdita escocesa, pero su hermano mayor amenazó con expulsarlo de la casa si no me cortejaba.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Annabel, confundida. Pensaba en sus vecinos, los Crogan mientras acariciaba el cuerpo pequeño y tibio de Samuel—. ¿Cómo y cuándo pudo haberte insultado, Josie? ¡Lo recibimos en casa sólo una vez, y me negué a permitir que él te llevara al baile!

—Escuché por casualidad a su hermano cuando lo presionaba para casarse conmigo —explicó Josie.

Los ojos de Annabel se entornaron.

—¿Por qué no me lo dijiste? Ewan nunca habría permitido que ese pequeño gusarapo escribiera esos insultos a sus amigos en Londres. Tal como están las cosas, estoy segura de que lo matará. Estuvo a punto de hacerlo el año pasado.

—Era demasiado humillante.

Pero Annabel conocía a su hermana menor desde hacía dieciocho años, y pudo advertir que su rostro se enrojecía levemente. Habló con tono alto y entrecortado.

—Josie, tú no tuviste nada que ver con la indisposición estomacal que sufrió el joven Crogan, ¿no?

Josie se acarició nerviosamente el pelo.

—Probablemente comió algo que no le cayó bien. Por eso debió enfermar ese pequeño y repugnante nabo.

—¡Perdió doce kilos en solo quince días!

—No le vino mal. Y se lo merecía.

—Algo tuvo que ver el medicamento para caballos de papá —dijo Imogen a Annabel.

—No era de papá —protestó Josie—. Era mío. Yo misma lo inventé.

—Josie y yo ya hemos hablado de la desaconsejable actitud que adoptó frente al problema —intervino Tess, levantando la vista de la manzana que estaba pelando.

—¿Desaconsejable? ¡Pudo haberlo matado!

—De ninguna manera —corrigió Josie indignada—. Cuando Peterkin se lo dio al mozo de cuadra, sólo estuvo malo una semana.

—Creo más bien que el menor de los Crogan se lo merecía —sentenció Imogen—. Después de todo, él es el culpable de lo mucho que Josie ha sufrido en Londres.

—¿Cómo dices que te llamó? —preguntó Annabel—. Ewan va a matarlo. Decididamente, lo va a matar.

—Me llamó «cerdita escocesa» —informó Josie, apesadumbrada—. Darlington lo convirtió en la más sonora expresión de «salchicha escocesa» y el apodo tuvo éxito —incluso ella misma notó la profunda desesperación apreciable en su voz.

—Oh, Josie, lo siento tanto —murmuró Annabel—. No tenía la menor idea.

—Te lo escribí hace algunas semanas, pero quizás nuestras cartas se cruzaron contigo mientras viajabas desde Escocia —dijo Tess.

—Es demasiado tarde ahora —concluyó Josie—. Nadie bailará conmigo a menos que Tess o Imogen le obliguen.

—Eso, sencillamente, no es verdad —protestó Imogen—. ¿Qué me dices de Timothy Arbuthnot?

—Es viejo —informó Josie—. Viejo y viudo. Ciertamente, puedo comprender que desee una esposa para que se ocupe de sus hijos, pero no me interesa representar ese papel.

—Timothy no es viejo —corrigió Tess—. No puede tener más de treinta y uno o treinta y dos años, que es, me apresuro a señalarlo, la edad de nuestros tres maridos.

—Además —apuntó Imogen— los treinta constituyen un momento clave en la vida de los hombres. Si van a desarrollar alguna inteligencia, lo hacen en ese momento, y si no la sacan a relucir, luego es demasiado tarde. De modo que no debes perseguir a hombres de menos de treinta. Eso sería como comprar un cerdo sin pesarlo.

—No hables de cerdos —dijo Josie con los dientes apretados—. No me gusta el señor Arbuthnot. Hay algo artificial, como de cera, en su rostro. Se diría que al levantarse cada mañana se ve obligado a ponerse la nariz en su sitio.

—¡Qué descripción tan repugnante! —exclamó Anabel—. Aunque, sin duda, tenemos que dar la vuelta a esta desdichada situación, es obvio que Arbuthnot no es la persona adecuada para hacerlo.

—No hay ninguna manera de darle la vuelta —se lamentó Josie—. A menos que por un milagro me volviera delgada repentinamente, todos piensan en una salchicha cuando me miran.

—Es absurdo —insistió Annabel—. Eres hermosa —miraron a Josie durante un momento. Llevaba puesta una bata, como todas ellas. Josie les devolvió la mirada con el ceño fruncido.

—Lo que pasa contigo —comenzó Annabel— es que si uno no te conoce, pareces una de esas dulces *madonnas* del Renacimiento.

—Con caras redondas, maternales —agregó Josie con tono compungido. Odiaba sus mejillas.

—No desprecies a las *madonnas*. Tienen un cutis hermoso y deslumbrante, y una mirada dulce. Pero tú no eres dulce por naturaleza, ni mucho menos.

—Es muy cierto —coincidió Imogen, comiendo un último pastel de semillas—. Tienes una piel maravillosa, Josie.

—Pero, lamentablemente, tengo demasiada piel —se quejó la hermana menor.

—Tonterías. Te lo he dicho muchas veces, como también te lo ha dicho Griselda. A los hombres les encantan las figuras como las nuestras —dijo Annabel—. ¡Griselda! Despierte y dígame a Josie lo encantadora que es su figura. Y la mía, ya que estamos.

—Nosotras tres no tenemos la misma figura —aseguró Josie—. Las líneas de tu silueta se curvan hacia dentro y hacia afuera, Annabel. Las mías no se curvan.

Griselda levantó la vista.

—Este libro es increíble. Estoy casi segura de que sé quién es Hellgate.

—¿Su hermano? —preguntó Imogen sin interés. Todo Londres estaba leyendo las memorias de Hellgate, y la mayor parte de la capital había decidido que el autor era realmente el conde de Mayne.

—No lo creo —respondió Griselda. Estaba claro que había pensado seriamente en el asunto—. Ya he leído un tercio del libro y no he podido reconocer en sus páginas a una sola mujer de las que Mayne ha cortejado.

—Cortejar no es exactamente la palabra adecuada para las relaciones de ese hombre con las mujeres, ¿no? —señaló Josie.

—No es necesario ser tan precisa acerca de esas cosas —replicó Griselda, sin perder la calma por aquel ataque a la personalidad de su hermano—. Todas sabemos que Mayne no es un santo. Pero aunque el autor es sumamente inteligente, no reconozco a las mujeres de las que se habla.

—¿Es verdad que Mayne está enamorado? —preguntó Annabel—. Apenas puedo creerlo. ¿Recordáis cuando lo vimos por primera vez, la noche que llegamos a la residencia de Rafe?

—Lo marcaste, te lo reservaste —recordó Tess con una sonrisa.

—Sí, pero tú te comprometiste con él a la primera oportunidad que se te presentó —replicó Annabel—. No respetaste mi reserva previa.

—Se podría decir que casi todas las hermanas Essex trataron de reclamarlo de una manera u otra —sugirió Imogen, riéndose tontamente.

—Cuanto menos hablemos de tus esfuerzos, mejor —intervino Tess.

—Bueno, no hubo nada ilícito entre Mayne y yo —explicó Imogen—. La historia fue muy sencilla. Después de acostarse con la mitad de las mujeres de Londres, se negó a hacerlo conmigo, y sin pensarlo un momento, como quien dice.

—Mi hermano es un hombre de honor —aseguró Griselda. Levantó su mano al oír las carcajadas que estallaron alrededor de la mesa—. Lo sé, sé... su reputación no es la mejor. Pero nunca ha dañado deliberadamente los sentimientos de otra persona, ni tampoco se ha aprovechado de una mujer que estuviera en una posición vulnerable. Y tú, Imogen, te encontrabas en un estado de ánimo muy vulnerable.

—Siempre existe la posibilidad de que, simplemente, esté cansado —aventuró Josie—. Eso es lo que me hace pensar que Hellgate es Mayne. Sí, quizás tiene una reputación ganada, pero toda ella se debe al pasado. Su hermano no ha tenido un romance en varios años, Griselda.

—Dos años —precisó la otra con dignidad.

—¿Lo ve? Aparentemente Hellgate habla del arrepentimiento, y me temo que Mayne se esté entregando ahora a ese mismo tipo de pensamiento. Ojalá usted me permitiera leer el libro, Griselda. Ciertamente ya tengo edad suficiente.

—Me permito disentir —replicó Griselda—. Mayne está enamorado, y debemos dejar que sus deslices se queden en el pasado —abrió su libro y empezó a leer otra vez.

Annabel tenía el ceño fruncido y mecía a Samuel.

—Griselda tiene razón. Aunque es irritante que Mayne se las haya arreglado para escapársenos a nosotras cuatro y se case con una desconocida (y muero por saberlo todo acerca de su exquisita francesa), ahora lo importante eres tú, Josie.

La menor de las Essex estuvo a punto de hacer una broma, asegurando que se negaba a casarse con cualquiera que no fuese Mayne, pero se contuvo. La soltería era

una posibilidad demasiado concreta y amenazadora como para tentar a la suerte hablando de ella en voz alta.

—Todo es cuestión de vestidos —aseguró Annabel—. Debes recurrir a esa estupenda mujer que viste a Griselda.

—Ya tengo todo un guardarropa nuevo, y muy completo, gracias a Rafe.

—La llevé a mi *modiste*, Madame Badeau —informó Imogen con un cierto tono de duda— pero...

—Me dio un corsé maravilloso —contó Josie—. Por lo menos, cuando lo llevo puesto no me siento como si me estuviera hinchando por momentos, como un globo.

—No me gusta ese corsé —dijo Tess decididamente.

—Por desgracia, tampoco a mí me gusta —coincidió Imogen.

—Pues bien, no pienso dejar de usarlo —informó Josie—. Casi puedo ponerme los vestidos de Imogen cuando lo uso, ¿te das cuenta, Annabel? Si la alta sociedad se ríe de mí ahora, imagina lo que dirían si no llevara ese corsé —estaba claro que para ella aquella prenda era muy importante.

—¿Qué tiene de maravilloso ese corsé en particular? —preguntó Annabel. Samuel se había despertado y estaba tomando con evidente placer un refrigerio nocturno.

Josie apartó la mirada. Ya era bastante malo que ella estuviera cargada con unos pechos que, íntimamente, consideraba demasiado grandes, como melones, cuando el tamaño apropiado era el de las naranjas. Pero Annabel no sentía ninguna vergüenza al dar de mamar a Samuel delante de todas ellas, y eso que sus pechos eran todavía más grandes.

—Es un artilugio hecho de barba de ballena, y Dios sabe de qué otra cosa —explicó Tess a Annabel—. Enjaula a Josie de la clavícula al trasero.

—¿Cómo demonios te apañas para sentarte? —preguntó Annabel.

—No lo sé. Está diseñado de manera milagrosa —explicó Josie—. Hay costuras especiales alrededor de las caderas.

—¿Es cómodo?

—Bueno, no especialmente —dijo Josie—. Pero las fiestas de sociedad no son precisamente cómodas, en el mejor de los casos, ¿no? Siempre me resultan tediosas. Nunca puedo bailar como quiero, y ése parece ser el único placer que una puede disfrutar en ellas.

—Bailabas con más elegancia antes de que comenaras a usar ese aparato —señaló Tess.

Josie la ignoró.

—Madame Badeau me diseñó varios vestidos que van perfectamente con el corsé.

—De eso se trata, precisamente —dijo Tess—. Le quedan bien al corsé, no a ti.

—A mí me gusta —replicó Josie—. Y dado que no me vais a ver en un baile sin llevarlo puesto, bien podríais dejar de insultarme.

—No te estamos insultando —replicó Imogen—. Sólo pensamos que podrías sentirte más cómoda con otro tipo de prenda interior.

—Nunca —reaccionó Josie.

Griselda cerró el libro otra vez.

—La verdad es que no puedo imaginar de dónde sacaba tiempo Hellgate para tantos romances. Apenas voy

por el quinto capítulo y su comportamiento ya está más allá del escándalo.

—Creo que lo verdaderamente milagroso es que no lo comprometieran y lo obligaran a casarse —sugirió Josie—. La madre de Daisy Peckery permitió que ella lo leyera, y me contó que Hellgate se acostó con una gran cantidad de mujeres jóvenes y solteras.

—Otra razón por la que cualquier semejanza entre mi hermano y Hellgate debe ser descartada —señaló Griselda—. Mayne sólo se ha acostado con mujeres casadas.

—Una sabia decisión, la suya —aprobó Josie—. Por las lecturas que he hecho, unidas a mis observaciones del último mes sobre la alta sociedad, diría que cualquier hombre que se comporta de manera descortés ante alguna mujer joven y soltera es sumamente imprudente. Los más inocentes coqueteos, por superficiales que sean, pueden dar como resultado cualquier clase de matrimonio.

—Doy fe de ello —confirmó Annabel. Ella misma se había casado con su marido después de que saltara cierto escándalo en una crónica de sociedad.

—De hecho —añadió Josie—, según mis observaciones, una mujer que no tenga una propuesta sólida de matrimonio, sería sumamente tonta si no se entregara a un comportamiento calculadamente frívolo.

Repentinamente, se dio cuenta de que todas ellas la estaban mirando.

—Nadie me ha hecho la más mínima insinuación —señaló—. Mis comentarios son simplemente teóricos.

—Fue una suerte para mí que el hombre con el que tuve que casarme a causa de aquel escándalo fuera Ewan —observó Annabel, frunciendo el ceño al mirar a Josie—.

Otras mujeres jóvenes no han quedado tan satisfechas con una elección hecha con prisas y en circunstancias difíciles.

—Comprendo eso que dices —dijo Josie. Pero íntimamente sintió toda la frustración de un teórico que ha elaborado una teoría brillante... sin que se le haya proporcionado el material necesario para experimentarla. Ella difícilmente podría provocar un escándalo. Ningún hombre se acercaba siquiera a la salchicha escocesa.

Pero de todas maneras, hasta las salchichas tenían que casarse. Cada vez estaba más convencida de que tendría que conseguir un marido de una manera poco honorable. Por supuesto, no tenía intención de compartir esa impresión con sus hermanas.

Annabel se volvió hacia Tess e Imogen.

—¿Decidme, entonces, cuánto tiempo hace que vosotras dos sabéis que Josie estaba planeando provocar un escándalo?

Imogen se metió rápidamente una uva en la boca.

—Yo diría que la idea se le ocurrió hace aproximadamente un año, ¿no crees, Josie?

—En realidad —la corrigió Tess—, yo fecharía la decisión de Josie en la época en que empezó a leer todas esas novelas que publica la editorial Minerva.

Josie se encogió de hombros. Al final resultaba que sus planes eran conocidos por la familia... y en ese momento también por Griselda, que había apartado la vista de su libro, algo sobresaltada.

—Hay un detalle insignificante que vosotras habéis pasado por alto —dijo Josie.

—¿Y cuál es ese dato? —quiso saber Annabel.

—Se necesitan dos personas para provocar un escándalo, y dado que ningún hombre ni siquiera va a bailar conmigo, creo que la familia Essex se verá libre de la mancha de un matrimonio forzado.

—Ciertamente, eso espero.

—Debo corregir, o matizar, lo que acabo de decir: la familia quedará libre de la mancha de otro casamiento forzoso —apuntó Josie. Enseguida se agachó, cuando Imogen le arrojó una uva.

Capítulo 2

De *El conde de Hellgate*, capítulo uno

Quizás algunos de los que se embarcan en una existencia caracterizada por los pecados de la carne saben ya desde la infancia que han nacido para llevar una vida de ese tipo. Yo, querido lector, crecí en una deliciosa ignorancia de mi futura infamia.

Lo cierto es que no empecé a saberlo hasta los tiernos años de mi juventud, cuando, con toda inocencia, visité la corte de St. James —oh, cómo odio expresarlo con palabras, sobre el papel— y conocí a una duquesa. El episodio de las medias verdes es conocido por algunas personas, pero puedo contar ahora que...

Catedral de San Pablo *Londres*

Fue una boda importante, llena de pompa y circunstancia. Imogen recorrió el pasillo de la Catedral de San Pablo para ser recibida nada menos que por el obispo de Londres. Iba exquisitamente vestida, con la tela de oro; el novio cometió la excusable falta de etiqueta al tomar

sus manos durante la ceremonia y sonreírle de tal manera que las lágrimas colmaron los ojos de muchas almas mal casadas allí presentes, e incluso de algunas felizmente casadas.

Garret Langham, conde de Mayne, observó a su amigo más íntimo, Raphael Jourdain, duque de Holbrook, de pie ante el altar, con profunda satisfacción. Ya estaban lejos los tiempos en que se habría burlado de un hombre con la mirada de humillante adoración que tenía Rafe en aquel momento. Nada se parecía más a una vaca enferma de amor, o más bien a un toro enamorado, que su amigo Rafe. Lo cual estaba bien, porque Mayne sentía exactamente lo mismo. No iba a pasar mucho tiempo antes de que él también estuviera de pie ante el obispo, jurando amar y proteger a una dama, tal y como lo estaba haciendo Rafe.

Su corazón se aceleró con sólo pensarlo, y casi podía sentir que sus propias facciones adquirirían una expresión de imbécil arrobo. Después de todo, Sylvie era suya. Nunca había comprendido eso hasta hacía poco; nunca había imaginado lo tremendo que era saber que la mujer a quien uno más amaba en el mundo había aceptado pertenecerle.

Miró a su izquierda. Ella estaba a su lado. Sylvie de la Broderie. Hasta el nombre le causaba escalofríos de placer en la espalda. Estaba vestida, como siempre, con exquisito gusto. Su traje, rosa pálido, armonizaba a la perfección con su pelo rojo de matiz dorado. Pudo vislumbrar su elegante nariz respingona. Pequeños rizos le caían por el cuello desde su delicioso sombrero indiscutiblemente francés, adornado con una cascada de diminutas

cintas. Igual que el tocado, Sylvie era francesa por los cuatro costados.

La madre de Mayne también era francesa, y a él nada le gustaba más que hablar esa lengua. Todo era perfecto. Por fin, después de tanto tiempo, había encontrado a una mujer a la que adoraba, y además era francesa.

—Es la providencia —había dicho Rafe perezosamente la noche anterior. Estaban brindando por su boda, con agua, ya que Rafe no bebía.

—Y mi hermana la adora —comentó Mayne, incapaz de dejar de enumerar las virtudes de Sylvie.

—La buena y querida Grissie. Debes encontrarle marido a tu hermana, ahora que estás considerando seriamente la posibilidad de disfrutar las delicias domésticas. Se te ve tan anormalmente alegre, que apenas puedo soportar tu presencia.

—Bien, no tendrás que soportarme durante mucho tiempo —había replicado Mayne—. Hay viaje de bodas, ¿no? Ésa sí que es una idea original.

—¿Insinúas que no desearías llevar a tu Sylvie a un lugar lejano, preferentemente en la embarcación más lenta que pueda encontrarse?

Una imagen brilló en la mente de Mayne, la de él mismo quitándole los largos guantes a Sylvie, dejando al descubierto una encantadora y delicada muñeca y...

Rafe se rió de su silencio.

Mayne sabía que estaba peligrosamente prendado. Bastó con que echara una breve mirada a los dedos enguantados de su prometida para sentir un alboroto entre las piernas. La simple idea de quitar esos guantes lo llenaba de una pasión que no había sentido desde hacía

años. Probablemente, pensó con un destello de divertido desprecio por sí mismo, desde que se acostó con su quinta o sexta dama.

Pero Sylvie era diferente de todas aquellas mujeres con las que se había acostado, desde la primera hasta la trigésima. Incluso era diferente de la otra mujer a quien también había amado de verdad, la única dama que nunca cedió a sus hábiles intentos de seducción: Helen, la condesa Godwin. Precisamente estaba sentada algunas filas detrás de él. Rara vez se hablaban el uno al otro, y la felicidad que le producía su matrimonio, el amor por su marido, le brillaba en los ojos. El amargo desencanto de Mayne (aunque le daba vergüenza admitirlo) le había impedido mantener el tipo de relación alegre que tenía con la mayoría de las damas de la sociedad con las que se había acostado.

Por supuesto, esa vida era cosa del pasado. Sylvie era virgen, inocente en lo que al cuerpo se refiere, aun cuando tenía un enfoque francés y práctico respecto a los asuntos del dormitorio. Lo cierto era que ella le había dicho con su encantador acento francés que dudaba poder hacerlo feliz en la cama. Una leve sonrisa apareció entonces en la boca de Mayne. Aquéllas eran palabras ingenuas, aunque costara usar esa palabra para referirse a su sofisticada y elegante novia.

Luego miró la curva de la mejilla de Sylvie, su barbilla afilada, los delgados dedos que sostenían el devocionario, y fue invadido por una oleada de alegría. Por supuesto que ella lo haría feliz. La muchacha tenía tan poca experiencia y contacto con el deseo, que no sabía nada de él. Por alguna oscura razón, su inocencia lo hacía feliz.

Las mujeres siempre habían caído en sus brazos con preocupante facilidad, llevando los labios hacia los de él, antes de que solicitara tal privilegio. Los ávidos ojos de las mujeres lo perseguían por la habitación antes de que él supiera sus nombres. Pero a Sylvie tuvieron que presentársela tres veces. Ella siempre olvidaba su nombre. Jamás habían compartido un beso apasionado, ni siquiera después de formalizar el compromiso. Ella tenía un fuerte sentido del decoro. No es que él deseara besarla especialmente, ni siquiera para silenciar sus palabras.

Bueno, sí lo deseaba.

Sin embargo, nadie querría que Sylvie estuviera en silencio. El flujo de su encantadora y risueña conversación daba vida a quien lo disfrutaba. Es más, una vez que la tuviera en la cama con él, ya casados, podía imaginar sus radiantes comentarios durante la noche, cuando él le enseñara, lenta y tiernamente, todos los deleites que una mujer experimenta en los brazos de un hombre.

—Irónico, ¿no? —le había dicho a Rafe la noche anterior—. Aquí estoy, como un jovenzuelo enternecido, con mi reputación...

—Aquí estás, impulsado por el diablo para poner cuernos a los maridos distraídos —lo había interrumpido Rafe.

—Con mi reputación —repitió Mayne—, y Sylvie de la Broderie acepta casarse conmigo.

—Una diosa casta, una joya de cualquier manera que se la mire. Aunque eso debería dar igual, porque nunca te ha importado la reputación de una mujer.

Mayne recordó de pronto que la novia de Rafe, Imogen, difícilmente se podía decir que tuviera la fama de una paloma blanca como la nieve.

—No me importa. Pero encuentro un cierto placer cínico en el hecho de que la reputación de Sylvie sea tan irreprochable.

—Sospecho que todos en Londres comparten tu perplejidad. O deberían compartirla, si tú no fueras tan endiabladamente guapo.

—Sylvie no es una mujer que se deje arrastrar por cualidades tan poco importantes.

—Gracias a Dios, lo mismo ocurre con Imogen —respondió entonces Rafe, haciendo una divertida mueca

—Tú no estás tan mal. Ahora que has perdido la barriga.

—Nunca seré un hombre a la moda. Mientras que tú siempre gozarás de esa cualidad, Mayne. Supongo que ésa es la razón por la que ella te eligió. Pareces un francés.

Mayne abrió la boca para protestar —seguramente Sylvie lo amaba por su carácter, por su ternura con ella, por su pasión, siempre contenida— pero se tragó las palabras. Sylvie era suya. Se puso de rodillas ante ella y le ofreció un anillo de esmeralda que había pertenecido a su familia durante varias generaciones... Y ella había dicho que sí.

¡Sí!

No necesitaba alardear del cariño que Sylvie sentía por él, ni siquiera delante de su amigo más íntimo. Era mejor que esas emociones quedaran para él, sin salir al exterior. Sylvie era una aristócrata de la cabeza a los pies, desde la punta de sus delicados dedos enguantados hasta el valioso tacón de sus zapatos. La hija del marqués de Caribas, que afortunadamente escapó de la matanza en París con su fortuna intacta, nunca se insultaría a sí misma

ni lo insultaría a él escuchando murmuraciones más o menos bienintencionadas. Él la amaba y ella lo sabía.

La joven lo aceptó, con una ligera inclinación de su cabeza, como algo que le pertenecía naturalmente.

Y él... él casi tenía miedo de que lo que sentía fuera más allá del amor. Temblaba simplemente por estar junto a ella; aburría a sus amigos hablando de la muchacha cada vez que ella no estaba cerca; se descubría a sí mismo mirándola en cualquier lugar que estuviera.

Como si ella sintiera los ojos del prometido en su rostro, levantó la vista y sonrió. Aquella cara era un triángulo perfecto, desde las cejas delicadamente arqueadas hasta los altos pómulos. No había nada superfluo en ella, nada estridente, nada que no fuera elegante.

—¡Deja de mirarme de esa manera! —le susurró con su encantador acento francés—. Me haces sentirme muy rara.

Mayne le dirigió una gran sonrisa.

—Bien —dijo el novio, inclinándose de modo que su aliento llegara a la oreja de ella—. Quiero que te sientas muy rara.

Frunció levemente el ceño, mirándolo con un gesto de reprobación, y volvió a su devocionario.

En el altar, Imogen miró a Rafe y se la oyó con toda claridad.

—Sí.

El alivio era obvio en cada línea del cuerpo de Rafe. Inclinó la cabeza y besó a su novia, ignorando al obispo, que continuaba leyendo su libro de oraciones. Mayne dejó ver una gran sonrisa. Aquello era tan propio de Rafe: hasta el mismísimo último momento estaba preocupado

por que Imogen se diera cuenta del mal negocio que estaba haciendo al aceptarlo a él.

—¿Por qué debería casarse ella conmigo? —llegó a preguntarle a su amigo la noche anterior a la boda—. Dios mío, necesito un trago para reunir fuerzas en momentos como éstos.

—Pero no lo vas a tomar —dijo Mayne—. Normalmente, yo podría suponer que está ciega y desesperada. Pero dado que no muestra señales de padecer enfermedad alguna, y evidentemente no está desesperada, pues es una de las viudas jóvenes más ricas de la sociedad, por no mencionar su belleza, sólo puedo llegar a la conclusión de que ha perdido la razón.

Rafe lo ignoró.

—Ella dice... —la cruda emoción latente en sus ojos cogió a Mayne por sorpresa— ... ella dice que me quiere.

—Como te he dicho, está loca —confirmó Mayne, tratando, instintivamente, de aligerar la conversación—. Quizás se casa contigo por el título. Quiere ser una duquesa. Es más —agregó, entusiasmándose con la hipótesis—, estoy prácticamente seguro de que Imogen me lo dijo a las claras. ¿No estuve yo a punto de casarme con ella en algún momento? Por supuesto, una duquesa es mejor que una condesa.

—Cuanto menos se hable acerca de ti e Imogen, mejor —gruñó Rafe, con un profundo tono de advertencia en su voz.

Pero había que hablarlo, claramente, antes de la boda.

—Ni siquiera llegamos nunca a besarnos, quiero decir besarnos de verdad —le dijo a Rafe, ignorando su

velada amenaza—. La besé dos veces, sólo para hacerle ver que nuestra relación no pasaba de tibia.

—Debería matarte por esos dos besos —había una vibración inquietante, peligrosa, en la voz de Rafe.

—No los disfruté. Y yo tampoco.

—Qué condenado bastardo eres. Bien sé que te has enredado con todas mis pupilas. Estuviste comprometido con Tess, y la dejaste plantada en el altar...

—¡No fue culpa mía! —interrumpió Mayne—. Sabes perfectamente que Felton me pidió que me marchara...

—Plantaste a una de mis pupilas, besaste a la otra dos veces...

—No tuve nada que ver con Annabel —se apresuró a decir Mayne—. Ni con Josie tampoco.

—Bueno, acerca de este tema —dijo Rafe—. Quiero que me ayudes con Josie. Pero no con tus habituales enredos.

—Soy casi un hombre casado —por lo menos, lo sería en cuanto pudiera persuadir a Sylvie para que fijara una fecha.

—Josie está encontrando dificultades en el mercado matrimonial. Y todo se va a poner más difícil en cuanto Imogen y yo partamos en nuestro viaje de bodas.

—¿Qué le está pasando? —Mayne estaba realmente sorprendido—. Yo imaginaba que ella sería arrolladora, que tendría los pretendientes que quisiera: es inteligente, ingeniosa y muy hermosa. Y, por otro lado, ¿Felton y tú no le disteis una dote; además del caballo de su padre, quiero decir?

—Convirtió en enemigos a unos vecinos de Ardmore, en Escocia, un par de inútiles llamados Crogan.

Aparentemente, uno de ellos la estaba cortejando, desde luego por la dote, no por ella. Bueno, en cuanto ella se enteró de la verdad, ella... ella...

—¿Ella qué? —preguntó Mayne, tratando de imaginarse a Josephine Essex poniéndose violenta—. ¿Lo golpeó?

—Le dio una dosis de un medicamento que cura los cólicos de los caballos —explicó Rafe en un tono de voz inexpresivo.

—¿Los cólicos de los caballos? ¿El jarabe para cólicos del doctor Burberry?

—Al parecer es algo que ella misma inventó. ¡Deja de reírte, Mayne! Parece que el muchacho estuvo al borde de la muerte durante una semana, y perdió más de doce kilos de peso.

Mayne se reía a carcajadas.

—¡Ésa es Josie! ¿Te conté cómo se las apañó para que Annabel perdiera el control de su caballo de modo que Ardmore pudiera rescatarla?

—Todo hace pensar que este Crogan es un bobo. Josie dice que debería estar agradecido por el método de adelgazamiento que le regaló.

—Has dejado suelta a una envenenadora entre la inocente población masculina de Londres —dijo Mayne con deleite—. Si no le gusta alguno de sus pretendientes... —chasqueó los dedos.

—Crogan dijo que ella no le atraía porque era demasiado gorda.

—¿Gorda?

—Bueno, esa mujer tiene una figura generosa.

—¿Y eso qué tiene que ver con la gordura?

—Crogan se vengó. Escribió a algunos amigos suyos. Por supuesto, no dijo nada sobre la medicina para el cólico de los animales; ningún hombre quiere confesar que ha perdido doce kilos porque le resultó imposible abandonar el retrete durante varios días. Dijo que ella era una cerdita escocesa de primera calidad.

Los labios de Mayne se tensaron y se esfumaron sus ganas de reír.

—Feo asunto. ¿Pero quién iba a prestar atención a la opinión de un agricultor escocés?

—Fue a la escuela en Rugby.

—¡Darlington! —dijo Mayne.

—Precisamente. Darlington. Parece que Crogan fue compañero suyo en la escuela.

—Eso sí que es mala suerte.

—El problema es el ingenio de Darlington.

—Darlington se limita sólo a los chismes sexuales en general. Seguramente Josie no se ha metido en ese tipo de problemas, ¿no? Vaya, sólo ha tomado parte en la temporada social unas pocas semanas.

—Ya llevamos mes y medio de temporada —explicó Rafe—. Sencillamente ni te has dado cuenta.

—Sylvie odia aburrirse, y me temo que Almack es lo más aburrido que hay.

—Josie no dio pie a ningún escándalo. Pero Darlington ha lanzado una ola de rumores insidiosos en nombre de su despreciable amigo Crogan, haciendo una apuesta en los libros de White's y diciendo que el hombre que se case con Josie será un aficionado a los cerdos.

Mayne murmuró algo ininteligible.

—Los hombres sensatos no le han prestado la menor atención al asunto, por supuesto. Pero los jóvenes tienen tendencia a ser bastante tímidos en cuanto a elegir pareja se refiere, y hay un irritante grupo de varones jóvenes observando a cualquiera que baile con Josie, para luego reírse de él. Lo cierto es que ha perdido a los muchachos de su misma edad, aquellos que deberían estar cortejándola.

—Dime sus nombres —solicitó Mayne con los dientes apretados. Había pasado tanto tiempo con las hermanas Essex en los últimos dos años, que tenía la sensación de que eran sus propias pupilas. O sus propias hermanas.

—Eso ocurrió sin que ni siquiera nos enteráramos —explicó Rafe—. Si Josie se hubiera reído de ese comentario, despreciándolo, o hubiese reaccionado con dignidad, todo se habría diluido en la nada. Pero...

—Empeoró las cosas, y se han revuelto contra ella —Mayne había visto fenómenos similares en otras ocasiones.

—La invitan a todas partes, pero nadie la saca a bailar, y no tiene pretendientes de su misma edad. No tengo ninguna duda de que hay muchos hombres a quienes les gustaría conocerla mejor... como tú dices, es hermosa y es graciosa, pero ellos no se atreven a enfrentarse a los venenosos comentarios de la sociedad.

—¡Qué estúpidos! —exclamó Mayne.

—Necesito que nos ayudes mientras estamos ausentes.

—Esto no es tan simple como cuando me pediste que acompañara a Imogen a Escocia. ¿Qué diablos puedo hacer yo por Josie? —su voz sonaba áspera, porque estaba

enfadado. La idea de que alguien insultara a Josie, la mujer de ojos brillantes y chispeantes, ácidos e inteligentes comentarios, lo enfurecía tanto que sintió que le faltaba el aire.

—Sé su amigo —dijo Rafe simplemente—. Sus hermanas no le han permitido ir sola a ningún sitio. Tess y Felton van a Almack todas las semanas. Annabel asistió a un baile anoche, aunque su bebé apenas tiene cuatro meses. Su marido me dijo que le gustaría regresar a Escocia, pero que Annabel se niega a partir hasta que la temporada no haya terminado.

—El próximo año será diferente —dijo Mayne lentamente, recordando las muchas temporadas en las que había entrado y salido de los bailes—. La paria de un año puede ser la estrella más luminosa del siguiente ¿Por qué diablos no estaba yo al tanto de todo esto?

—Has estado muy entretenido con tu bella Sylvie.

—Sylvie puede ayudar a Josie. Tiene un desdeñoso aire francés que Josie puede copiar. Le vendría muy bien.

—¿No creerás que sus hermanas no han tratado de enseñarle a mostrarse segura? Vaya, Imogen no ha hecho más que entrenarla para que mantenga la barbilla alta y no parezca triste. ¡Pero si llegué a tener la impresión de que Josie se preparaba para incorporarse a los Fusileros Reales! Sin embargo, la ayuda de las hermanas no ha dado resultado.

—Estas cosas nunca duran más de una temporada. ¿Recuerdas que hubo un año en que todos se reían de la «pastorcita de ovejas»? Eso también fue obra de Darlington. Como si la pobre muchacha tuviera la culpa de que su padre se hubiera hecho rico criando ovejas. A la siguiente

temporada ella regresó como si nada hubiera ocurrido, y la gente se había cansado del juego. Se casó muy bien.

Rafe suspiró.

—Te lo digo, Mayne. De ningún modo puedo esperar a que termine esta temporada. Nunca he visto a una niña tan triste. Es suficiente como para hacerlo a uno reconsiderar la idea de tener hijas. No se puede consentir.

—Ya es bastante malo tener pupilas, ¿no? —dijo Mayne con una gran sonrisa.

Se abrió la puerta y entró Lucius Felton, seguido por el hermano de Rafe, Gabriel.

—Perdón por interrumpir —comentó Lucius, con su acostumbrada gravedad imperturbable—, pero Brinkley nos pidió que viniéramos a ti.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Mayne—. Estoy a punto de dar una conferencia a Rafe sobre los problemas y tribulaciones de la noche de bodas. Hace tanto tiempo que ese hombre no se acuesta con nadie, que me temo que ha olvidado todo el procedimiento.

Lucius sonrió y se sentó.

—Dudo mucho que eso sea así.

—Yo también —coincidió Gabe con una risa contenida, que no era habitual en él.

Y Mayne, mirando a Rafe y viendo la sonrisa en sus ojos, llegó a la misma conclusión.

* * *

No todos en la catedral de San Pablo sintieron la misma mezcla de interés y afecto apasionado que la boda del duque de Holbrook inspiraba en Mayne. Josie, por

ejemplo, experimentó la más abyecta de las tristezas. Pero, dado que aquello se estaba convirtiendo en un estilo de vida para ella, y puesto que sabía muy bien que sería absolutamente despreciable convertirse en causa de cualquier perturbación de la alegría de su hermana Imogen, se esforzó por dibujar una sonrisa en su cara.

En eso de forzar la sonrisa se estaba haciendo cada vez más experta. La había practicado ante el espejo, en su casa. Alzaba las comisuras de la boca hasta que el labio inferior sobresalía un poquito. La boca era probablemente su mejor rasgo, aunque ella no tenía ninguna duda de que cualquiera que la viera sonreír sólo pensaría en sus rubicundas y abultadas mejillas.

Imogen, por supuesto, estaba espléndida. De todas las hermanas, era la que más se parecía a ella, al menos a primera vista. Ambas tenían el pelo oscuro, y las mismas cejas arqueadas. «Hechas para reír», había dicho su hermana Tess hacía unos años. Pero la cara de Imogen era delgada y tenía forma de corazón, mientras que la suya era redonda y parecía un pastel. Estaba convencida de ello.

Josie apartó con esfuerzo su mente de tan tristes pensamientos. Tess le había dicho que debía pensar en sus mejores rasgos, pero, con toda sinceridad, estaba harta de considerar si tenía buena piel o no, cuando lo único que realmente quería era ver algunos huesos asomando debajo de ella. En ese momento, Imogen miraba a Rafe de una manera que la hizo sentirse peor todavía. La asaltaron los celos.

Por lo menos era lo bastante mujer como para admitirlo. Tess le apretó la mano y Josie miró a su hermana mayor. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿No es estupendo? —susurró Tess—. Imogen parece tan feliz, finalmente.

Josie sintió el aguijonazo de la culpa. Por supuesto que quería que Imogen fuera feliz. La pobre había pasado unos cuantos años horribles. Primero se fugó y luego perdió a su joven marido al cabo de unas pocas semanas. Josie levantó aun más las comisuras de los labios, ampliando la sonrisa.

—Por supuesto —respondió en voz muy baja, como procedía en un templo. El marido de Tess, Lucius, estaba mirando a su mujer precisamente con la misma adoración con la que Rafe contemplaba a Imogen.

Tampoco quería mirar a la derecha, porque allí estaba el conde de Ardmore con aquella expresión en los ojos que exhibía siempre que miraba a Annabel, incluso cuando ésta se ponía redonda como un barril. Aquello hacía que a Josie le gustara Ardmore todavía más de lo que ya le gustaba. Estaba tan enamorado de Annabel como siempre, aun cuando el pequeño tenía ya algunos meses de vida y ella no había recuperado su peso anterior.

Lástima que la mayoría de los hombres no fuera como él.

Pero su mente estaba virando hacia una idea peligrosa, por la clase de pensamiento que la empujaba a derramar lágrimas, de modo que Josie volvió a mirar hacia el altar. El obispo se alargaba inexplicablemente con su sermón, diciendo gran cantidad de tonterías sobre el amor y otros temas por el estilo. Por ejemplo, la importancia del matrimonio como institución dentro del cual se aman y se respetan un hombre y una mujer.

Por qué soltaría tanta verborrea, si Imogen y Rafe ya se habían elegido el uno al otro. No necesitaban ese sermón. Pero el obispo continuaba hablando de la importancia del matrimonio porque propicia la armonía en la familia y en el hogar y vaya usted a saber en qué otros ámbitos.

«Me casaría con cualquiera», pensaba Josie con desesperación. Ahora la asqueaba pensar en el cuaderno que había escrito cuidadosamente a lo largo de los últimos dos años, en realidad una lista de todas las maneras en que las heroínas de las novelas hacían que sus admiradores pidieran sus manos en matrimonio. La realidad era mucho peor de lo imaginado. Ella no tenía ni un solo admirador.

Jamás pensó que un hombre pudiera sentirse ridículo por el solo hecho de bailar con ella. No es que estuviese abandonada, a un lado del salón. Su hermana mayor, Tess, o Annabel, o Imogen, nunca lo permitirían. En cuanto la veían sola, o custodiada sólo por su dama de compañía, un amigo de alguno de sus cuñados hacía una reverencia ante ella. Pero no se dejaba engañar por ellos. La sacaban a bailar a modo de favor, y aunque le gustaban realmente algunos de ellos, todos eran viejos. Ciertamente, resultaban divertidos y amables, y a uno, el barón Sibble, hasta parecía que ella le gustaba. La sacaba a bailar dos piezas en cada oportunidad. Ni siquiera Tess podría haber exigido una atención tan devota.

—Los varones jóvenes son tontos —le dijo Lucius Felton al regresar de su primer baile, cuando ni un solo soltero de su edad la había sacado a la pista—. Yo mismo era un idiota de joven.

—¿Como éstos? —preguntó ella en esa ocasión, sollozando tanto que apenas podía hablar.

Hubo un momento de silencio.

—Conscientemente, no —respondió por fin—. Pero, Josie, ten en cuenta que los jóvenes son como las ovejas. Van donde van todos. Seguramente hay muchachos muy agradables en el salón esta noche, que te habrían sacado a bailar, pero le tienen miedo al ridículo.

—Sencillamente no puedo entender por qué ocurrió ésto —susurró ella, con el corazón destrozado.

—Es Darlington —le informó entonces Lucius—. Por desgracia, él es quien marca la moda esta temporada.

—¿Por qué se ocupa de mí? —preguntó como en un lamento que salía desde lo más profundo de su corazón—. Ni siquiera me lo han presentado, ¿no? ¿Lo conozco?

—Tal vez sea porque él es inglés y tú eres escocesa. Hay ingleses que están resentidos por aquello de que tus hermanas han hecho excelentes matrimonios con la aristocracia de Inglaterra.

—¡Eso... eso no es culpa mía! —protestó, como todo el que es acusado injustamente.

—No eres su única víctima —añadió con delicadeza—. Cecilia Bellingworth tendrá problemas para quitarse el apodo de Tontita Billy, y eso se debe simplemente a que su desdichado hermano no está bien de la cabeza. Darlington no inventó ese apodo; no estoy seguro de quién lo hizo. ¿Pero quién tendrá el coraje de casarse con ella?

—Prefiero ser tonta antes que gorda —respondió rápidamente Josie.

—De ninguna manera, de ninguna manera —saltó Lucius—. Y además no eres gorda, Josie.

Pero Lucius Felton no tenía la menor idea de la profundidad del deseo que tenía Josie de adelgazar. Ignoraba cuánto anhelaba bailar por todo el salón, vestida con ropa transparente, recogida con frágiles cintas, flotando a su alrededor como una nube de seda pálida... Todo el mundo podía ver que la señorita Mary Ogilby jamás usaba corsé, ¿por qué iba a usarlo? Era esbelta como una vara de mimbre. Pero Josie usaba corsé. Si pudiera, llevaría tres corsés, uno encima del otro, si con eso fuera capaz de contener toda la carne que parecía desbordarse por donde mirara.

Aunque lo cierto era que ella no se miraba.

Había hecho retirar el espejo de su dormitorio hacía meses, y sentía que la vida era mejor sin él. Nada de vestidos transparentes para ella. La *modiste* de Imogen, la mejor de Londres, aseguró que se necesitaban ciertas costuras para dar «una forma agradable». Esas palabras quedaron grabadas en la memoria de Josie.

Bien, gracias a esa *modiste*, ella tenía una forma agradable, o por lo menos eso pensaba. La verdad es que era a costa de muchas costuras. El vestido que había elegido para la boda de Imogen estaba pensado para sujetarla y cubrirla de cuantas maneras fuera posible.

Josie se obligó a volver su atención hacia el altar. Por fin, el obispo pareció encaminarse, si no al final del sermón, al menos a una pausa. Claro que Imogen no daba muestras de estar escuchándolo. Sólo miraba a Rafe, y lo hacía de una manera tal que a Josie se le hizo un nudo en la garganta. Pegada a ella, Tess se secaba las lágrimas

con un pañuelo que debió darle su marido, pues tenía dos veces el tamaño de su mano. Josie apretó los dientes. Si llorara, no habría nadie al lado que le diera un pañuelo.

Los ojos se le enrojecieron.

Se iban a hinchar y aparecerían manchas en la piel.

Se...

Rafe se inclinó, envolvió la cara de su nueva esposa en sus manos, y le habló por lo bajo, pero no tanto como para que Josie no pudiese escucharlo con claridad desde su puesto en la primera fila.

—Toda mi vida, Imogen.

Al final, Lucius Felton tenía dos pañuelos, lo cual era muy propio de él.